

filosofía del progreso fatal que nos dice: «nos basta vivir para llegar á ser mas perfectos que nuestros padres;» esa filosofía justifica todo cuanto *ha sido* en favor de lo que *está por ser*. Por mi parte estimo en muy poco lo que *ha sido*, y confieso que lo que *está por ser* me inspira mediana confianza. Yo solo conozco una filosofía de la verdadera historia, y es la que dice al hombre: «Eres libre, pero sometido á leyes superiores; tienes allá arriba un Dios que te ha creado libre, pero responsable en tu persona y en la de tus hijos. Cuando llegue el mal podrás dejarlo llegar encerrándote en tu egoismo; pero si aquel no te alcanza hoy, te alcanzará mañana.»

En otros términos, la verdadera filosofía de la historia es la que nos muestra la ley divina de la responsabilidad, ó mas bien dicho, á Dios mismo, reinando en el mundo por sus eternas leyes, haciendo salir del mal el remedio, y conduciendo al hombre al culto de la justicia y de la verdad por medio del sufrimiento.



## LECCION XXVI.

### ACONTECIMIENTOS DE 1776.

#### SEÑORES:

Recibida la declaracion de independenciam, Washington la mandó comunicar al ejército en la órden del dia, del 9 de Julio de 1776 como un estímulo para excitar á los oficiales á portarse con valor y fidelidad. «Debian comprender, les decia, que la paz y la salud del país dependian del éxito de las armas; que servian á un Estado que podia recompensar su mérito y hacerles participar de los honores de una patria libre y feliz.»

Al dia siguiente escribia al Congreso de Filadelfia: «No nos es dado determinar cuáles serán las consecuencias de las resoluciones que hemos tomado; pero depende de nosotros adoptar medidas que bajo la proteccion de la Divina Providencia, deben contribuir á nuestra dicha. Creo que las últimas medidas tomadas por el Congreso contribuirán á asegurar la libertad de nuestros derechos, que nos han sido desconocidos á pesar de la naturaleza y del espíritu de la constitucion británica. Conforme á la invitacion del Congreso, he cuidado de proclamar la declaracion en presencia del ejército; ha producido el mejor efecto; oficiales y soldados han aplaudido con entusiasmo.»

Entre los soldados y el pueblo produjo un efecto tan vivo, que ocasionó algunos desórdenes. En Nueva-York se derribó una estatua del

rey George, elevada en Broadway; se le quita la cabeza, y como era de plomo se hacen balas de ella para el servicio de la independencia.<sup>1</sup> Washington en una órden del día reprueba esta necia venganza. «El general espera con confianza que todo oficial y todo soldado se esforzarán por vivir y obrar como conviene á un *soldado cristiano* que defiende los derechos mas caros y la libertad de su patria.» Desde el primer momento se conocia que habia á la cabeza del ejército y del país un hombre nacido para el mando.

Algunas horas despues de la proclamacion, el almirante lord Howe llegó á Sandy-Hook. Howe traia instrucciones pacíficas, y á pesar del giro que las cosas habian tomado, dirigió una proclama al pueblo para anunciar el objeto de su mision. «Venia á América, decia, no como destructor, sino como mediador.» Despues de esta proclama dirigió una carta amigable á Franklin, que en Inglaterra habia vivido íntimamente con la familia de Howe.

La respuesta de Franklin de 31 de Julio de 1776 es de las mas duras. «Ofrecer el perdon á las colonias que se ha ultrajado, es, en verdad, demostrar que se nos cree todavía en la ignorancia, la bajeza y la insensibilidad, que vuestra ciega y orgullosa nacion hace tiempo nos supone. Imposible es que pensemos en someternos á un gobierno que con la mas insigne barbarie ha quemado en la fuerza del invierno nuestras ciudades indefensas; ha excitado á los salvajes á asesinar á nuestros labradores pacíficos, y á nuestros esclavos, á sus amos; que aun en este mismo momento nos envía extranjeros mercenarios á inundar de sangre nuestras provincias.»

«Aun cuando á nosotros nos fuera posible olvidar y perdonar, vosotros como ingleses no podríais perdonar jamas á un pueblo á quien habeis tan cruelmente ofendido..... El recuerdo del mal que nos habeis hecho, os pondria en la necesidad de ser tiranos y de emplear todos los medios para impedirnos adquirir fuerza y prosperidad.»

Franklin agregó, que una sola cosa era posible; la paz, es decir, el reconocimiento de la independencia americana; y esto, decia, ántes que hayamos contraido alianzas extranjeras; la Inglaterra ganará un extenso comercio, que la guerra hará desaparecer.

Franklin recuerda que á pesar de todas las calumnias de que fué

<sup>1</sup> Washington Irving. *Vie de Washington*, página 529.

objeto en Inglaterra, nadie se esforzó por mas tiempo que él en que el imperio británico conservase *este magnífico vaso de porcelana*, que una vez roto, no puede componerse, perdiendo la mitad de su valor; recuerda á lord Howe que él, Franklin, ha llorado de alegría en Londres cuando creyó posible la reconciliacion; pero que ahora era demasiado tarde.

«Considero, decia al concluir, que la guerra que nos hacen los ingleses es injusta, y al mismo tiempo insensata. Estoy convencido que la posteridad fria é imparcial condenará á la infamia á los hombres que la han instigado: la victoria misma no podrá borrar la mancha de los generales que voluntariamente se empeñasen en atacarnos.»

Antes de recibir esta respuesta, lord Howe envió á Washington un parlamentario con otra carta, en cuya cubierta se leia: «*A Mr. George Washington Squire.*» El coronel Reed contestó que no conocia á nadie de este nombre en el ejército. Lord Howe, general inglés, enviado á una colonia insurreccionada, no queria reconocer á Washington un título revolucionario, y por su parte Washington rehusó recibir un mensaje dirigido á un simple particular. «Jamás sacrificaré una cosa esencial á una etiqueta vana, decia al Congreso; pero por mi país y por mi posicion, he creido que debia insistir sobre una señal de consideracion, en la que no me habria fijado si el honor del país no estuviera comprometido.»

El Congreso aprobó tan justa susceptibilidad, y las negociaciones quedaron rotas desde el primer día.

En el momento en que Washington hablaba con esta altivez patriótica, estaba en una situacion difícil y no se hacia ilusiones sobre los peligros que corria. Para cubrir Nueva-York, apenas contaba con diez mil hombres, lo cual era bien poco para guardar la bahía y detener al enemigo. «Pero entretanto que yo pueda, escribia al Congreso, juzgar por el lenguaje y disposiciones aparentes de mis tropas, me sostendré. Y aunque el llamamiento á su valor no llegue á producir el feliz resultado que deseo, el enemigo no triunfará sin grandes pérdidas. *Toda ventaja le costará cara.*»<sup>1</sup> Este es el lenguaje de un gran hombre que preve la derrota, pero que está decidido á resistir por mucho tiempo, porque la resistencia es un deber.

<sup>1</sup> Marshall's *Life of Washington*, tomo II, página 395.

Con esa perspicacia tranquila y esa fuerza interior que está tan lejos de la ilusion como del desengaño, Washington habia leido el porvenir: el 27 de Agosto los americanos eran batidos en Long-Island; las gentes del Sur se habian portado valientemente. Los demas, reclusos y en una mala posicion, no habian podido resistir á las tropas disciplinadas. Washington habia permanecido cuarenta y ocho horas á caballo; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: fué necesario evacuar Long-Island y retirarse á Nueva-York, pasando el rio, operacion difícil, que pudo ejecutarse felizmente mediante una espesa niebla.

La retirada le hacia honor, pero la situacion era deplorable. El ejército, compuesto de milicias, estaba desmoralizado. Los soldados enganchados para un servicio de seis semanas por una gratificacion de diez pesos, formaban, segun las justas palabras de Washington, <sup>1</sup> «un cuerpo de tropas que llega y se va, sin objeto ni razon, obra en donde y como le conviene, absorbe vuestras provisiones, agota vuestras municiones y acaba por abandonaros en el momento crítico.»

«Nuestra posicion es de las mas tristes, escribia al Congreso. El descalabro que nuestra division ha sufrido, ha desmoralizado nuestras tropas, sembrando en los espíritus el temor y la desesperacion. En lugar de decidirse á un nuevo esfuerzo, la milicia está desalentada é impaciente por volver á sus hogares. Hay un gran número de hombres que se han dispersado; regimientos y compañías se van repentinamente..... La insubordinacion se hace contagiosa y produce un desprecio completo de la disciplina y de la obediencia.

«Con un profundo disgusto, pues, me veo obligado á indicaros la poca confianza que tengo en la generalidad de mis tropas..... Hasta estos últimos dias no dudaba que podria defender Nueva-York, y no dudaria aún si los soldados quisieran cumplir con su deber, pero desespéro de ello.

«Me es extremadamente sensible dar tan malas noticias; pero en circunstancias tan críticas seria un crimen ocultar la verdad.»

Al mismo tiempo Washington señalaba la causa del mal, que consistia en que no podia contarse con la milicia. Importaba tener tropas regulares enganchadas por largo tiempo; es decir, un ejército permanente, al ménos durante la guerra, reclutado segun la costumbre in-

<sup>1</sup> Carta de 20 de Diciembre de 1776.

glesa, por medio de primas, pues de otra manera la libertad estaba perdida.

El Congreso resolvió que se levantaran ochenta y ocho batallones; pero eran batallones *escritos* é importaba algo mas serio para detener á los ingleses.

Despues de este primer acontecimiento, el general Howe volvió á sus ideas de pacificación. Entre los oficiales prisioneros de Brooklyn se encontraba el general Sullivan, á quien envió bajo su palabra al Congreso de Filadelfia con un mensaje verbal. Segun esta comision, Howe decia que no podia tratar con el Congreso, ni reconocerlo; pero que deseaba tener una conferencia con algunos de sus miembros, á quienes consideraria como simples particulares, recibiéndolos en el lugar que quisiera indicarse. Como iban á entenderse en un momento en que todavía no se daba un golpe decisivo, ninguna de las partes podia decir que se veia obligada á aceptar un arreglo. Si el Congreso, agregaba, está dispuesto á tratar, podria y aun deberia acordar algunas cosas que no se le habian pedido, y que si despues de las conferencias se veia posible el arreglo, reconoceria la autoridad del Congreso, sin cuyo acuerdo nada seria definitivo.

El Congreso contestó que siendo representante de Estados libres é independientes, enviaria á algunos de sus miembros no como particulares, sino en comision para conocer los poderes y las proposiciones del almirante. Los tres comisarios elegidos por el Congreso fueron Franklin, John Adams y Eduardo Rutledge, de la Carolina del Sur, partidarios de la independencia y enemigos de la Gran Bretaña.

El 11 de Setiembre de 1776 se verificó la conferencia en Staten-Island, en frente de la ciudad de Amboy. Lord Howe recibió á los comisarios con una gran política; pero se estaba lejos de aquel tiempo en que Franklin y lord Howe pasaban alegremente sus veladas en Lóndres frente al ajedrez de Miss Howe. El informe dirigido al Congreso por los comisarios, demuestra toda la resolucion que habia en el corazon de los americanos.

«Hemos dicho á su señoría que no debia contar con que la América volviese á la dominacion de la Gran Bretaña. Hemos recordado el pasado; las humildes y frecuentes peticiones dirigidas por las colonias al rey y al Parlamento, vistas con desprecio, y que no habian re-

cibido mas que respuestas insultantes; la paciencia inaudita que mostramos bajo este gobierno tiránico. Hemos agregado que para declarar nuestra independencia, hemos esperado los últimos actos del Parlamento que nos declaran la guerra y nos ponen fuera de la proteccion del rey. Esta declaracion ha sido pedida por el pueblo de todas las colonias y aprobada por todos; las colonias se miran como Estados independientes y han, en consecuencia, establecido su gobierno. No está, pues, en el poder del Congreso tratar por ellas y volverlas á la dependencia. No es dudoso que las colonias se inclinan á la paz, y que concluirán con la Inglaterra un tratado ventajoso para ambos países. Si su señoría no tiene poderes suficientes para tratar con nosotros como Estados independientes, puede pedirlos á la Inglaterra, bajo el concepto de que el Congreso no obtendrá de las colonias su consentimiento para someterse.»

De esta manera acabó la conferencia; <sup>1</sup> los comisarios estaban seguros de que lord Howe no tenia poder mas que para acordar un perdón general á los americanos si volvian á la obediencia. El Congreso mandó publicar todo lo que habia pasado en este negocio para conocimiento del pueblo de los Estados- Unidos.

No habiendo esperanza por parte del Congreso, lord Howe dirigió una nueva proclama al pueblo americano, condenando las pretensiones de independencia, que calificaba de extravagantes é inadmisibles; prometia la derogacion de las leyes y medidas de que las colonias se quejaban; garantizaba la libertad de legislacion interior, y aconsejaba á los habitantes á reflexionar seriamente sobre si valia mas volver á la union de la Gran Bretaña, que sacrificar sus bienes y sus vidas á una causa tan precaria como injusta.

Esta proclama, y sobre todo los desastres de la campaña de 1776, decidieron á cierto número de personas, en Nueva-York especialmente, á reconocer al gobierno inglés y el poder del Parlamento. Entre estos tráfugas hay un nombre notable, el de José Galloway, que en 1774 habia sido enviado al Congreso por la Pensylvania.

<sup>1</sup> Al terminar lord Howe asegura á su antiguo amigo el Dr. Franklin, que le causa profundo disgusto tener que desagradar á personas á quienes tanto habia estimado. «Doy las gracias á su señoría, contestó Franklin, por este buen sentimiento: por su parte los americanos procurarán disminuir vuestra pena, cuidando por sí mismos de lo que les concierne.» [Washington Irving, página 592.]

En una guerra civil no hay lugar para los neutrales; Solon tenia razon de exigir que en este caso cada uno tome su partido. La América estaba dividida en dos campos; los patriotas, que eran la inmensa mayoría, y los *torys*, partidarios de la obediencia ó amigos de la Gran Bretaña; y de una y otra parte habia un ódio profundo. Ciertamente que no hay alma mas bella y mas humana que la de Washington: la víspera de la batalla de Long-Island se le vió preocupado por hacer salir de Nueva-York á las mugeres y á los niños, y por auxiliar á los viejos, á los enfermos y á los hombres sin trabajo; pero Washington jamas perdonó á los *torys*, ni tuvo escrúpulo en apoderarse de sus personas y sus bienes. Puede juzgarse por esto cuál era la animosidad de un pueblo sumido en la desesperacion. Los americanos tenian en la boca el dicho de Cosme de Médicis: «Dios nos ha ordenado perdonar á nuestros enemigos; nada dice de nuestros amigos.» <sup>1</sup> Permitido es creer que se iba demasiado léjos.

Las negociaciones habian retardado, pero no impedido las operaciones de la guerra. El 14 de Setiembre el ejército inglés, con ayuda de la flota, pasó el rio del Este buscando un punto de desembarque en la isla de Nueva-York. Encerrar el ejército en la isla era acabar la guerra de un golpe. Las milicias americanas huyeron presas de un terror pánico. «Yo hice todo lo que pude para reunir las y volverlas al fuego, escribe Washington; <sup>2</sup> pero todo fué en vano; á la aproximacion de un pequeño cuerpo enemigo, compuesto de sesenta ó setenta hombres, el desórden creció y nuestros hombres desaparecieron en la mas grande confusion, sin disparar un solo tiro.»

Fué entónces, segun se dice, la única vez en que Washington perdió su acostumbrada sangre fria. «Su Excelencia, escribe el general Greene, estaba tan indignado de la conducta infame de sus tropas, que no pensaba mas que en morir.» <sup>3</sup> Fué preciso que sus ayudantes de campo tomasen la brida de su caballo y lo llevasen por una direccion opuesta.

Su profundo dolor se percibe en la carta escrita el 16 de Setiembre al presidente del Congreso. «Estamos ahora acampados en la alturas

<sup>1</sup> Lord Mahon. Tomo VI, página 88.

<sup>2</sup> Carta al presidente del Congreso, de 16 de Setiembre de 1776.

<sup>3</sup> Lord Mahon. Tomo VI, página 120. Correspondencia de Washington, carta de 16 de Setiembre citada.

de Haarlem, en donde el enemigo, lo espero, no encontrará mas que una derrota en el caso que me ataque, si nuestros soldados quieren mostrar un poco de su bravura. Pero la experiencia me ha convencido, con gran sentimiento, que conviene mas bien desear este resultado que esperarlo. De cualquiera manera que sea, yo espero, sin embargo, que se encontrarán en nuestras filas algunas gentes que combatirán como hombres, dando una prueba de que son dignos de la libertad.»

Nueva-York fué evacuada y los ingleses tomaron posesion de ella el 15 de Setiembre, manteniéndose allí hasta el fin de la guerra.

Hasta el fin de Octubre Washington permaneció en las alturas de Haarlem, procurando instruir y disciplinar á sus soldados. Un combate que tuvo lugar el 28 de Octubre en White Plains, demostró que los soldados habian aprendido su oficio; pero el invierno se aproximaba y tambien la licencia de las milicias; el ejército americano disminuía, y cuando los ingleses, bajo las órdenes de lord Cornwallis, amenazaron invadir á Jersey, Washington no tenia consigo mas que 3,500 hombres. Con estos pocos soldados le fué preciso retirarse, ó mas bien, huir delante del enemigo. Su situacion nos es conocida con una gran verdad por un contemporáneo que ha escrito dia por dia la historia de la revolucion americana, por el Dr. Ramsay.

«Mientras que los americanos atravesaban el país en retirada, nadie se les unia, al mismo tiempo que una porcion de habitantes corrían hácia el ejército real, para hacer la paz y obtener su proteccion. De un lado un ejército numeroso, bien vestido, bien equipado, que encantaba la vista por la elegancia de sus uniformes; del otro, un puñado de soldados pobres, cuyo mal vestido superaba á los *ragamuffins* (haraposos), huyendo para salvar la vida. No fué solo el pueblo quien en estas circunstancias cambió de partido; algunos de los hombres influyentes de Nueva-Jersey, de la Pensylvania hicieron otro tanto.»<sup>1</sup>

Ni aun el resto de este ejército siguió á Washington hasta el fin: las brigadas de Nueva-Jersey y de Maryland se aprovecharon del término de su enganche para retirarse; y cuando el 10 de Diciembre pasó el Delaware, no tenia mas de mil setecientos hombres. Esto no era bastante para cubrir á Filadelfia, en donde residia el Congreso, punto amenazado por el enemigo.

<sup>1</sup> Lord Mahon, tomo VI, página 132.

En este momento el Congreso, como todas las asambleas en donde se habla mucho y se hace poco, quiso reanimar el espíritu público por una proclama, medio que de ordinario no sirve mas que para producir el efecto contrario. El 11 de Diciembre desmiente como falso y malicioso el rumor de que el Congreso pensaba en abandonar á Filadelfia. El Congreso declaraba que tenia una alta opinion del buen pueblo de la Pensylvania, que no abandonaria Filadelfia, *á ménos que una necesidad suprema no lo obligase*. Estas resoluciones fueron comunicadas á Washington, para que las trasmitiese al ejército en la orden del dia. Dos dias despues de esta proclama, hubo un cambio en la opinion, y el Congreso se disolvió para volverse á reunir, el 20 de Diciembre, no en Filadelfia, sino en Baltimore, en Maryland. Filadelfia se salvó, sin embargo; primero por la prudencia de Washington, que al pasar el Delaware, habia mandado reunir todos los botes, sin dejar ninguno del lado de Nueva-Jersey, y tambien por la inaccion del general Howe, que satisfecho de su campaña y viendo llegar el invierno, aplazó para la primavera la continuacion de la guerra y ordenó á lord Cornwallis que tomase cuarteles en Nueva-Jersey.

Washington no perdió un momento para reorganizar su ejército. Recibió soldados de diferentes partes; cuatro regimientos del ejército del Norte, y la milicia de la ciudad y del condado de Filadelfia, que se habia portado valientemente. Sin embargo, sus esperanzas no eran grandes: era visible que con estas milicias colecticias no se resistiria jamas á un ejército regular.

El 18 de Diciembre de 1776 escribia: «No dudo que el general Howe haga en este invierno alguna tentativa sobre Filadelfia: yo no veo cómo podemos resistirle dentro de quince dias, época en que espiran los enganches de todas nuestras tropas, excepto las de Virginia, bastante reducidas, y el regimiento de Smallwood compuesto de gentes de Maryland. En una palabra, si no se hace un esfuerzo supremo para reclutar un ejército, temo que perdamos bien pronto la partida: triste desenlace al que no habrán contribuido poco las intrigas del enemigo, el mal espíritu de ciertas colonias, el ruinoso sistema de los enganches por corto tiempo, y la confianza ciega que se ha tenido en la milicia. Estas consecuencias desgraciadas las he previsto, y casi profetizado hace diez y seis meses.

«No podeis formaros una idea de los embarazos de mi situacion. Jamas hombre alguno ha tenido, segun creo, mas dificultades que vencer, y ménos recursos para combatir las. Convencido, sin embargo de la justicia de nuestra causa, no puedo figurarme que sucumbamos, bien que puede suceder que nuestra estrella permanezca oculta por algun tiempo en las nubes.»

El 20 de Diciembre escribia al presidente del Congreso, que le habia ordenado el reclutamiento de batallones de artillería, y pedia que se ampliasen sus poderes.

.....«Dentro de diez dias nuestro ejército no existirá. Si el corto tiempo que queda se emplea en consultar al Congreso sobre la oportunidad de las medidas que deban tomarse; si esperamos las decisiones del Congreso, á ciento cuarenta millas de distancia, pasará la oportunidad, y se habrá perdido un tiempo precioso.

«Se me objetará que yo reclamo poderes que es peligroso confiar; pero para desesperados males, se necesitan remedios extremos. Yo declaro con toda sinceridad, que no ambiciono estos poderes; yo suspiro tan ardientemente como cualquiera otro ciudadano porque llegue el momento en que podamos dejar la espada por el arado; pero como oficial y como hombre, estoy obligado á declarar que nadie ha encontrado jamas tantos obstáculos como yo, en su camino. Inútil es agregar que la corta duracion de los enganches y nuestra confianza ciega en la milicia, han traído todas nuestras desgracias y causado el espantoso aumento de nuestra deuda. El enemigo se aprovecha cada dia de nuestros desaciertos. Sus fuerzas aumentarán como la bola de nieve, si no imaginamos un medio de impedir su progreso.»

Washington pedia un ejército en estado de combatir con el enemigo. Necesitaba cien batallones: «no es el momento de retroceder ante el gasto: no es el dinero el único objeto que debe tenerse en consideracion.»

«Se pensará tal vez que me aparto de la línea de mis deberes dando consejos con tanta libertad; pero una reputacion que mantener, unos bienes que conservar, y el temor de perder la libertad, el mas caro de todos los bienes, y en fin, una vida consagrada al servicio del país, pueden servirme de excusa.»

El Congreso, y este es su mas bello elogio, comprendió este lengua-

je noble y patriótico; el 27 de Diciembre de 1776 declaró que *para evitar la servidumbre* con que la Gran Bretaña amenazaba á la América, era necesario recurrir al poder militar, á fin de salvar la libertad civil, y que un cuerpo numeroso, deliberante, y léjos del teatro de la guerra, no podia conducir con vigor y decision los negocios militares.

En consecuencia, el Congreso dió á Washington una verdadera dictadura militar que debia durar solo seis meses. Se le autorizaba para levantar el número de tropas que pedia, ciento cuatro batallones de infantería, tres mil caballos, tres regimientos de artillería, y un cuerpo de ingenieros; se le daba derecho de llamar á las milicias siempre que lo creyese necesario; de formar almacenes en donde lo juzgase á propósito; de nombrar á todos los oficiales de brigadier general abajo; de hacer *requisiciones* de cuanto fuera necesario para el ejército; de arrestar á toda persona no afecta á la causa americana, ó que rehusara recibir el papel moneda, con tal que diese aviso al Estado á que los acusados pertenecieran, de su nombre, su delito, y la lista de los testigos.

Washington dió las gracias al Congreso, diciendo con su modestia ordinaria: «Si mis esfuerzos no son coronados por el éxito, la falta deberá, en mi concepto, imputarse á nuestra desgraciada situacion mas bien que á falta de vigilancia ó de celo por los intereses de mi país, cuya prosperidad ha sido siempre el objeto principal de mis cuidados.»<sup>1</sup>

El mismo dia escribia á Roberto Morris, comisario del Congreso: «Léjos de creerme libre de todas mis obligaciones civiles por esta muestra de confianza que me da el Congreso, tendré siempre presente que si la espada ha sido nuestro último recurso para salvar nuestras libertades, es tambien la primera cosa que es preciso deponer cuando estas libertades estén sólidamente aseguradas.»<sup>2</sup>

Mucho ántes de haber recibido respuesta, Washington habia tomado una atrevida resolucion, la de atacar al enemigo en sus cuarteles de invierno, para reanimar el espíritu público y el espíritu de su ejército. Era la necesidad, decia, la cruel necesidad la que lo obligaba á obrar con un puñado de hombres.<sup>3</sup> Pensó para esto repasar el Dela-

1 Carta de 1º de Enero de 1777 á Roberto Morris.

2 Idem idem.

3 Lord Mahon, VI, 135.

ware y atacar los dos cuerpos de alemanes que estaban en Trenton y en Borden-Town, barreras de Jersey. Extos extranjeros que no hablaban el idioma del país y eran doblemente odiosos á los habitantes, ignorarian los movimientos de sus fuerzas, y ademas eran poco vigilantes y sus puestos estaban mal guardados y sin atrincheramientos.

Washington escogió el dia, ó mas bien la noche de Navidad para atacar á los alemanes en Trenton. Consideró que despues de haber celebrado alegremente la fiesta del dia, los encontraria dormidos, ó por lo ménos mas descuidados que otras veces. La empresa tuvo el éxito mas feliz, á pesar de que los hielos flotantes y una nevada retardaron el ataque hasta las ocho de la mañana, debiendo haber sido á las cuatro. Los alemanes fueron sorprendidos, el coronel muerto, y mil hombres se rindieron al ejército americano. <sup>1</sup> Los americanos solo tuvieron dos muertos en el combate y dos por el frio.

Washington volvió á pasar el rio con sus prisioneros, cuando vió que el segundo cuerpo de alemanes se retiraba para Princeton: se apresura á tomar la ofensiva, pero al fin del año los enganches concluian; fué necesario todo el esfuerzo de los oficiales y una gratificacion de diez pesos por plaza, para retener á aquellos hombres bajo sus banderas durante algunas semanas, cuando él trataba de que se batieran por la patria.

A la noticia del desastre de Trenton lord Cornwallis vino de Nueva-York á la Nueva-Jersey. El 2 de Enero de 1777 estaba á la vista del ejército americano, que estaba en la situacion mas difícil: retirarse era entregar Filadelfia al enemigo; combatir con un rio á retaguardia era exponer las últimas fuerzas de la América. Washington tomó uno de esos partidos aventurados que casi siempre tienen un resultado feliz en la guerra. Dejando ardiendo las fogatas de su campamento hizo un rodeo en la noche y fué á atacar en Princeton á las tropas que lord Cornwallis habia dejado á la retaguardia. Washington combatió con un ardor heróico, defecto único que le reprochaban sus soldados; se expuso mucho: dícese que esta naturaleza fria y tranquila se animaba en medio del peligro. El éxito fué completo; el general Howe mandó evacuar la Nueva-Jersey, que los alemanes habian robado é insultado en nombre del rey legítimo, y que por esto veia con horror

<sup>1</sup> Ramsay. *Vie de Washington*, página 81.

á sus pretendidos defensores. A la aproximacion del ejército americano se veia á los habitantes que presurosos arrancaban de sus casas unas banderas rojas, signo de afecto á la corona. Era el signo del miedo.

Los combates de Trenton y Princeton resonaron por toda la América: fué una resurreccion, dice un contemporáneo. Entre los que habian declamado mas alto al principio, cuando todo estaba tranquilo, habia mas de uno que, cambiando de lenguaje, habia dicho que los ejércitos ingleses eran irresistibles, y que la guerra de independencia era una locura: ahora levantaban la voz en otro tono. Celebrábase sobre todo al nuevo Fabio:

Unus qui nobis cunctando restituit rem,  
Non ponebat enim rumores ante salutem;  
Ergo magisque magisque viri nunc gloria claret.

Mas lo que valia mas que las grandes palabras y vanas declamaciones, era que los americanos tenian ya confianza en sí mismos: se sabia ya que podian batirse aun en campo raso y resistir con éxito. Los enganchados volvieron, los viejos soldados se decidieron á permanecer bajo sus banderas, y se podia vestir y alimentar mejor á la tropa. Lójos se estaba todavía de tener un verdadero ejército; no era aún la última prueba.

En medio de todas estas agitaciones, un hombre solo permanecia tranquilo; era Washington. En los momentos del mayor abandono de la fortuna, habia dicho á uno de sus mas notables oficiales, al coronel Reed, que resistiria hasta ser el último, retrocediendo de Estado en Estado, de posicion en posicion, hasta llevar la guerra, si era preciso mas allá de los montes Alleghany. <sup>1</sup> Así es como se ejecutan las grandes acciones, y esto es lo que ha salvado al país. Esta es la virtud.

Esta leccion llena de acontecimientos que nos demuestran la debilidad de la confederacion, tiene su ensenanza moral. Hace algun tiempo que se ha adoptado una teoría cómoda para suprimir á los grandes hombres; el tiempo de los héroes ha pasado. Es el espíritu público, es la opinion la que gobierna: un grande hombre no es mas que la ex-

<sup>1</sup> Lord Mahon, VI, página 141. Ramsay, *Vie de Washington*, página 75.

presion de su siglo y de su país, una especie de harpa cólica que suena mediante la suave corriente de las auras.

Tengo poco gusto por este panteísmo histórico; veo al contrario que el individuo está sobre todas las cosas, y no creo que una reunion de ignorantes ó de mentecatos sea un medio infalible de producir nada digno de talento.

Y sin embargo, esta idea falsa tiene una parte de verdad. Sí, el tiempo de los héroes ha pasado, si se entiende por héroes estos hombres que hacen vivir á un siglo con su pensamiento comunicándole su fiebre; esto es bueno en las épocas en que el hombre necesita ser conducido por otro; pero es malo en los tiempos civilizados. El tiempo de Alejandro y de los Césares ha concluido.

Pero si ya no hay héroes legendarios, si los individuos ejercen ahora mas grande papel, y no son una pasta dúctil en las manos de un señor, hay lugar siempre y cada dia mas amplio para los grandes caracteres. Lo que hay que temer en nuestra época son esas corrientes de la opinion, esos golpes de la mayoría que arrastran á un país y lo precipitan. En Francia, dice Madame de Staël, nada sale tan bien como el éxito; pero aun al éxito podemos comprometer por nuestro comportamiento.

Lo que necesitamos son hombres que permanezcan en sus puestos cuando la multitud retrocede; y que sin temor ni esperanza, pero con un cálculo cierto, esperen que pase la marea. Y esto es necesario, no solamente para resistir al enemigo, sino para resistir al abandono, á la indiferencia pública en los dias en que la libertad es deshonrada, calumniada ó maldecida. No todo el mundo puede ser un Washington; pero todo el mundo puede tomar por modelo al hombre que ha proclamado que la *libertad es el mayor bien del mundo*, y que ante el peligro no retrocedió un paso, dejando el éxito á la fortuna y conservando para él el deber.



## LECCION XXVII.

### BATALLA DE GERMANTOWN.—DERROTA DE BURGOYNE. TRATADO CON FRANCIA.

#### SEÑORES:

El 31 de Julio de 1777 recibió Lafayette su nombramiento, y bien pronto lo admitió Washington en su estado mayor.

El general Howe estaba en Nueva-York, en donde hacia grandes preparativos de embarque. Podia amenazar á Filadelfia ó á Charleston y aun si queria, remontar el Hudson para ponerse en contacto con el ejército que se organizaba en el Canadá bajo el mando del general Burgoyne y aislar de esta manera á la Nueva-Inglaterra.

Tal era el proyecto primitivo del general Howe, al que renunció por no haber recibido de Inglaterra los refuerzos que habia pedido.

Al fin del mes de Agosto, la escuadra inglesa estaba en la bahía de Chesapeake; era, pues, Filadelfia, la residencia del Congreso, la que venia á atacarse. El camino directo era subir el Delaware; pero temiendo las defensas que habian preparado los americanos, el ejército inglés tomó un camino extraño, describiendo un arco de círculo para venir á atacar á Filadelfia por la izquierda, dejando al Maryland por la espalda.

El 25 de Agosto de 1777, los ingleses desembarcaron en el fondo de la bahía de Chesapeake, en el rio de Elk, en número de catorce mil hombres: Washington apenas tenia un número inferior que oponerles.